

pre, su dominio y el de sus hijos en la parte mas inaccesible, mas poblada y rica de la Siria; los montañeses que manda son valerosos, inteligentes, disciplinados; los caminos, para llegar al centro del Líbano, son intransitables; los Maronitas, que son muy numerosos en el Líbano, se sacrificarían por el emir, en virtud del lazo comun del cristianismo, y por el odio y el terror del dominio turco. El único obstáculo para la creacion de un poder nuevo en aquellos paises, es la diferencia de religion entre los Maronitas, los Drusos y los Metualis, que pueblan, en número casi igual, las montañas sometidas á la autoridad del emir; el mas firme vínculo de nacionalidad, es la comunidad de las ideas religiosas, ó por mejor decir lo ha sido hasta aquí. La civilizacion, á medida que progresa, reduce el pensamiento religioso al individualismo, y otros intereses comunes forman la nacionalidad; como estos intereses son menos graves que el interés de religion, las nacionalidades van debilitándose, —porque ¿qué cosa hay mas fuerte para el hombre que el sentimiento religioso, que su dogma, que su fe íntima? Ese sentimiento es la voz de su inteligencia, es el pensamiento en que resume todos los demas; costumbres, leyes, patria, todo reside para un pueblo en su religion; eso es lo que motiva, en mi concepto, que sea tan

dificil que el Oriente se constituya en una sola y gran nacion; por eso se desmorona el imperio turco. No se ven signos de una existencia comun, síntomas de una nacionalidad posible, mas que en las partes del imperio en que están aglomeradas las tribus de un mismo culto, —entre la raza griega, asiática, entre los Armenios, entre los Búlgaros y entre los Servios;— fuera de ahí, se ven hombres, pero no se ve nacion.

.....

5 de octubre 1852.

Hoy he bajado las últimas pendientes del Líbano que van de Deir-el-Kammar al Mediterraneo, y he venido á pasar la noche en un kan aislado de estas montañas.

A las cinco de la mañana montábamos á caballo en el patio del palacio del emir. Al salir de la puerta del palacio, se empieza por bajar á un sendero labrado en la peña y que gira alrededor del cerro de Dptedin. A derecha é izquierda de estos senderos, los cuadros de tierra que sostienen los terrados artificiales estan plantados de moreras, y admirablemente cultivados: la sombra de los árboles y de las vides cubre por do

quiera el suelo, y numerosos arroyos, dirigidos por los Arabes cultivadores, bajan de lo alto del monte á dividirse en tageas y á regar el pie de los árboles y los huertos. La gigantesca sombra del palacio y de las azoteas de Dptedin se extiende sobre toda esta escena, y le sigue á uno hasta el pie de este cerro, donde empieza uno á subir otra montaña que sostiene en su cumbre la ciudad de Deir-el-Kammar : en un cuarto de hora de camino llegamos allá. Deir-el-Kammar es la capital del emir Beschir y de los Drusos ; la ciudad encierra una poblacion de diez á doce mil almas ; pero, escepto un antiguo edificio adornado de esculturas moriscas y de altos balcones en un todo semejantes á los restos de uno de nuestros castillos de la edad media, Deir-el-Kammar nada tiene de ciudad y menos de capital ; parece un miserable lugaron de Saboya ó de Auvernia. Acababa de amanecer cuando le atravesamos ; las manadas de yeguas y de camellos salian de los patios de las casas, se derramaban por las plazas y las calles no empedradas de la ciudad : en una plaza algo mas espaciosa que las otras, estaban levantadas algunas tiendas de zingaros ó gitanos ; hombres, niños, mugeres medio desnudos ó embozados en la inmensa manta de lana blanca que es su único vestido, estaban acurrucados alrededor de una hoguera, y se peinaban unos á otros

ó buscaban los insectos que los devoraban. Algunos Arabes al servicio del emir pasaban á caballo con su magnífico trage, con armas soberbias en la cintura y una lanza de doce á quince pies de larga en la mano. Unos iban á llevar al emir nuevas del ejército de Ibrahim ; otros bajaban hácia la costa para transmitir las órdenes del príncipe á los destacamentos mandados por sus hijos y que estan acampados en el llano. Nada es mas imponente y rico que el trage y la armadura de estos guerreros Drusos. Su turbante inmenso, y sobre el cual serpentean, en graciosas vueltas, chales de colores brillantes, proyecta sobre su tostado rostro y sus negros ojos una sombra que realza la magestad y agreste energía de sus fisonomías ; largos bigotes cubren sus labios y les caen por ambos lados de la boca ; una especie de tunicela corta y de color rojo es una vestimenta uniforme para todos los Drusos y para todos los montañeses ; esta túnica, segun la importancia y la riqueza del que la lleva, está tejida con algodón y oro, ó solamente con algodón y seda, y elegantes dibujos en que la diversidad de los colores contrasta con el oro ó la plata del tejido, brillan sobre el pecho ó sobre la espalda. Inmensos pantalones de pliegues cubren las piernas ; los pies van calzados con borceguies de tafilete rojo y pantuflas de tafilete amarillo por en-

cima del borceguí : sobre los hombros llevan una chaqueta forrada de pieles, con las mangas colgando, como nuestros húsares. Una faja de seda ó de tafilete, semejante á la de los Albaneses, rodea el cuerpo con sus numerosos pliegues y sirve al ginete para llevar sus armas : siempre se ven los puños de dos kangiars ó yataganes, puñales y alfanges cortos de los orientales, salir de aquel cinturón y brillar sobre el pecho ; generalmente las culatas de dos ó tres pistolas embutidas de plata ó de oro completan aquel arsenal portátil : todos los Arabes llevan además una lanza muy larga y de madera muy dura, delgada y flexible, como una caña. Esta lanza, su arma principal, está adornada de borlas flotantes y de flecos y cordones de seda ; la llevan generalmente en la mano derecha, la punta hácia arriba, y el cuento casi tocando al suelo, pero cuando lanzan sus caballos á galope, la vibran horizontalmente, y en sus juegos militares la arrojan á una distancia enorme y van á recogerla inclinándose hasta el suelo. Antes de arrojarla, le imprimen largo rato un movimiento de oscilación que da mucha fuerza al tiro y la hace alcanzar al blanco que designan. Gran número de estos ginetes hallamos en todo el día : el emir Beschir nos había dado además algunos para guiarnos y hacernos fiesta : todos nos saludaron con suma cortesía

y pararon sus caballos para cedernos el paso.

A cosa de dos millas de Deir-el-Kammar se disfruta unas de las mas hermosas vistas del Líbano que es posible imaginar. A un lado sus profundas gargantas á las que vamos á bajar, se abren de repente bajo nuestras pisadas ; al otro, el castillo de Dptedin se alza en la cima de su cerro vestido de verdura y surcado de espumantes aguas, y enfrente las montañas que bajan gradualmente hasta el mar, unas negras, otras bañadas de luz, se desarrollan como un catarata de colinas y van á esconder sus pies ya en las verdes orillas de los bosques de olivos que cubren las llanuras de Sidon, ya en playas de arena de color de ladrillo, en las costas de Berut. Aquí y allí, el color de las laderas de aquellas montañas y las líneas variadas de su inmenso horizonte en declive, están cortados por cimas de cedros, de abetos ó pinos de anchas copas, y en sus bases ó en sus altas cumbres brillan numerosas aldeas.

El mar termina este horizonte ; uno sigue con la vista, como en un inmenso mapa ó en un plano de relieve, las recortaduras, los sesgos, las ondulaciones de las costas, de los cabos, de los promontorios, de los golfos de su litoral, desde el Carmelo hasta el cabo Batrum, en una estension de cincuenta leguas. El aire es tan puro que cree uno que en pocas horas de bajada

llegaria á puntos de que le separan tres ó cuatro dias de camino. A estas distancias, el mar se confunde de tal modo, á primera vista, con el firmamento que linda con el horizonte, que no se pueden distinguir al principio los dos elementos, y que parece que la tierra nada en un inmenso y doble océano: solo fijando con mas atencion sus miradas en el mar, y viendo brillar las velitas blancas sobre su superficie azul, puede uno esplicarse lo que ve. Una bruma ligera y mas ó menos dorada ondea en la estremidad de las olas y separa el cielo y el agua. A veces, leves nieblas levantadas de las vertientes de las montañas por las brisas de la mañana, se desprendian como blancas plumas que un pajarillo hubiera dado al viento, y caian en el mar ó se evaporaban en los rayos del sol que empezaba á abrasarnos. Dejamos con sentimiento aquella magnífica escena, y empezamos á bajar por un sendero tal que jamas he visto otro mas peligroso en los Alpes. El declive es casi perpendicular, el sendero no tiene dos pies de ancho; por un lado le ciñen precipicios sin fondo, y por otro tapias de peñascos: la superficie del sendero está cubierta de piedras movedizas y tan alisadas por las aguas y por las herraduras de los caballos y los pies de los camellos, que estos animales tienen que buscar con sumo cuidado los sitios donde han de poner los pies, y

como siempre los sientan en los mismos puntos, han acabado por abrir en la piedra cavidades donde se encaja su casco ó su pezuña á algunas pulgadas de profundidad, y solo merced á esas cavidades, que ofrecen un punto de resistencia, pueden sostenerse los animales. De cuando en cuando se hallan escalones labrados tambien en la peña á dos pies de altura, ó pedazos de granito redondos por cima de los cuales no se puede pasar, y que es preciso torcer con gravísimo peligro; tales son casi todos los caminos en esta parte del Líbano. De trecho en trecho las laderas de las montañas se separan ó se achatan, y se anda con mas comodidad sobre capas de polvo amarillo, de greda ó de tierra vegetal: no se concibe como semejante pais está poblado de tan gran número de hermosos caballos y como es tan habitual su uso. Ningun Arabe, por mas inaccesible que sea su lugar ó su casa, sale como no sea á caballo, y continuamente los veiamos bajar ó subir con la mayor indiferencia, con la pipa en la boca, por derribaderos por donde apenas podrian trepar los corzos de nuestras montañas.

Al cabo de hora y media de bajada, empezamos á entrever el fondo de la garganta que teniamos que atravesar y seguir. Un rio resonaba en sus profundidades veladas todavía por la nie-

bla de sus aguas y por las copas de los nogales, de los algarrobos, de los plátanos y de los álamos de Persia que crecían en las últimas pendientes de la barranca : hermosas fuentes salían á la derecha del camino de las grutas de peñas entapizadas con mil plantas rastreras desconocidas, ó del seno de las herbosas praderas salpicadas de flores de otoño. Pronto descubrimos una casa, entre los árboles, en la margen del río ó del torrente que vadeamos ; allí nos detuvimos para que descansaran los caballos, y para disfrutar un momento de una de las mas extraordinarias perspectivas que hemos encontrado en nuestra escursión.

La garganta á cuyo fondo habíamos bajado, estaba llena toda entera por las aguas del río que hervían al rededor de algunas moles de peñascos derrumbados en su cauce. De trecho en trecho, algunas islas de tierra vegetal daban pie á gigantescos álamos que se alzaban á una altura prodigiosa y proyectaban su sombra piramidal sobre las laderas de la montaña en que estábamos sentados. Las aguas del río se encajonaban á la izquierda entre dos paredes de granito que parecían haber rajado para abrirse calle ; aquellas paredes se alzaban á cuatrocientos ó quinientos pies, y juntándose por su estremidad superior, parecían un inmenso arco que el tiem-

po hubiera hecho desplomarse sobre sí mismo. Allí, anchas copas de pinos de Italia se extendían como matas de alelíos sobre las ruinas de las tapias viejas, y su color verde sombrío se destacaba sobre el vivo y crudo azul del cielo. A la derecha, la garganta serpenteaba por espacio de un cuarto de milla entre márgenes menos angostas y escarpadas ; las aguas del río se extendían en libertad, abrazando una multitud de isletas ó de verdes promontorios ; todas aquellas islas, todas aquellas lenguas de tierra estaban cubiertas de la mas rica y graciosa vegetación. Aquella era la primera vez que yo veía el álamo desde que dejé las orillas del Ródano y del Saona. Este hermoso árbol tendía su pálido y movil velo sobre todo aquel valle del río ; pero como allí no le podan ni le planta la mano del hombre, crece en grupos y estiende libremente sus ramas con mucha mas magestad, diversidad de formas y gracia que en nuestros climas. Entre los grupos de esos árboles y algunos otros grupos de juncos y de espadañas que cubrían también las islas, veíamos los machones arruinados de un añoso puente construido por los antiguos emires del Líbano y desmoronado hace siglos. Mas allá de los machones de ese puente arruinado, abriase del todo la garganta sobre una inmensa escena interior de valles, llanuras y colinas sem-

bradas de aldeas habitadas por los Drusos, y todo estaba rodeado como un anfiteatro, por una cordillera circular de altas montañas : — aquellas colinas eran casi todas verdes y estaban cubiertas de bosques de pinos. Las aldeas, suspendidas unas encima de otras, parecia á la vista que se tocaban ; pero luego que hubimos atravesado algunas, reconocimos que la distancia entre una y otra era considerable por la aspereza de los senderos y por la necesidad de bajar y subir los profundos barrancos que las separan. Aldea hay de aquellas desde la cual se puede oír fácilmente la voz de un hombre que habla en otra aldea, y sin embargo se necesita una hora para ir desde una á otra. Lo que todavía hacia mas pintoresco el efecto de aquel hermoso pais era dos vastos monasterios plantados, como dos fortalezas, en las cimas de dos colinas, detras del rio, y que parecian dos colosos de granito ennegrecido por el tiempo : uno está habitado por Maronitas que se consagran á la instruccion de los jóvenes Arabes destinados al sacerdocio : el otro estaba desierto, y habia pertenecido en otro tiempo á la congregacion de los lazaristas del Líbano ; — á la sazón servia de asilo y de refugio á dos jóvenes jesuitas enviados allí por su orden, á solicitud del obispo maronita para dar reglamentos y modelos á los maestros árabes : allí

viven en una completa soledad, en la pobreza y en la práctica de una santidad ejemplar. (Mas adelante los he conocido). El uno está aprendiendo el árabe y procura inútilmente convertir á algunos Drusos de las aldeas vecinas ; es un hombre de mucho talento y saber ; el otro se ocupa en medicina, y recorre el pais distribuyendo medicamentos gratuitos : ambos son queridos y respetados por los Drusos y aun por los Metualis, pero no pueden esperar ningun fruto de su residencia en Siria. El clero maronita es muy adicto á la Iglesia romana ; sin embargo este clero tiene sus tradiciones, su independencia, su disciplina propia, que no dejaria invadir por el espíritu de los jesuitas ; él es la verdadera autoridad espiritual, el gobernador de las almas en todo el Líbano ; pronto tendria rivales en corporaciones europeas activas y militantes, y esta rivalidad le inquietaria con razon.

Despues de haber descansado media hora en aquel sitio encantado, volvimos á montar á caballo y empezamos á subir la escarpada cuesta que se alzaba delante de nosotros. El sendero era cada vez mas áspero á medida que se elevaba sobre la última cordillera del Líbano que nos separaba de las costas de Siria ; pero conforme íbamos subiendo, el aspecto del inmenso valle que dejábamos á nuestra dere-

cha, iba siendo mas imponente y grandioso.

El rio que habiamos dejado en el sitio donde habiamos hecho alto, serpenteaba en medio de aquella llanura ligeramente ondulada con numerosos collados, y á veces se estendia en grandes charcas de agua azul y brillante como los lagos de Suiza. Las colinas negras, coronadas en sus cimas de grupos de pinos, interrumpian á cada paso su corriente y la dividian á nuestros ojos en mil luminosos ramales. De escalon en escalon, frecuentes cerros, que arrancaban del llano, se alzaban, se acumulaban, se apoyaban unos sobre otros, todos cubiertos de brezos en flor, y salpicados de trecho en trecho, de copudos árboles que proyectaban anchas sombras sobre sus laderas. Grandes bosques de cedros y abetos descendian mas arriba de las altas cumbres, é iban á morir en especillos y claros al rededor de las numerosas aldeas drusas, cuyas azoteas, cuyos balcones y ventanas en arco diagonal veiamos alzarse entre la verdura de los pinos. Los habitantes, cubiertos de su airosa capa de escarlata, y la frente ceñida con su turbante de anchos pliegues rojos, subian á sus azoteas para vernos pasar, y daban nuevo realce con el brillo de sus vestidos y la magestad de sus actitudes al efecto grandioso, singular, pintoresco del pais. En todas partes manaban hermosas fuentes tur-

cas á la entrada ó á la salida de aquellas aldeas: las casadas y las doncellas que iban á buscar agua en sus largas y angostas cántaras estaban agrupadas al rededor de los pilones y separaban una punta de sus velos para entrevernos. La poblacion nos ha parecido soberbia; hombres, mugeres, niños, todos tienen el color de la fuerza y de la salud. Las mugeres son hermosísimas; todas las fisonomías llevaban estampado el sello de la altivez y de la nobleza sin espresion de ferocidad.

En todas partes nos saludaban con bondad y cortesía: en todos aquellos pueblos nos ofrecieron la hospitalidad: no la aceptamos en ninguna parte, y continuamos subiendo, por espacio de tres horas, escarpadas pendientes entre bosques de abetos. Llegamos por fin á la última cresta blanca y pelada de las montañas, y el inmenso horizonte de la costa de Siria se desarrolló de repente ante nuestros ojos, presentándonos un aspecto del todo distinto del que veiamos hacia muchos dias: aquel era el horizonte de Nápoles visto desde la cumbre del Vesuvio ó desde las alturas de Castellamare. El inmenso mar estaba á nuestros pies, sin límites, ó solo con algunas nubes aglomeradas en la estrechidad de sus olas: bajo aquellas nubes hubiera podido creerse que se veia una tierra, la tierra de Chipre, que está á treinta leguas mas aden-

tro, el monte Carmelo á la izquierda, y á una distancia á que apenas alcanzaba la vista, á la derecha, la interminable sucesion de las costas de Berut, de Trípoli, de Siria, de Latakié, de Alejandreta; en fin, confusamente, y bajo las doradas brumas de la tarde, algunas resplandecientes agujas del monte Tauro; pero podia ser ilusion, porque la distancia es enorme. Inmediatamente bajo nuestros pies empezaba la bajada; primero entre las rocas y los brezos secos de la cumbre en que estábamos colocados, luego, cada vez menos áspera, desarrollándose de cima en cima entre pedregosos collados y verdes copas sombrías de pinos, cedros, robles y algarrobos; luego, por declives mas suaves, entre la verdura mas pálida y amarilla de los plátanos y de los sicomoros: luego seguian en fin colinas grises cubiertas de olivos: todo iba á rematar y morir en la estrecha llanura que separa al Líbano del mar. Allí, en los cabos, se veian antiguas torres morunas que guardan la ribera; en el fondo, golfos, ciudades ó pueblecillos con sus tapias brillantes bajo los rayos del sol, sus ensenadas abiertas entre la arena, y sus barcas atracadas en la playa, ó saliendo de los puertos ó entrando en ellos á toda vela. Saide y Berut sobre todo, rodeadas de sus ricas llanuras de olivos, de limoneros, de moreras, con sus minarettes, sus cimborios de

las mezquitas, sus castillos y sus murallas almenadas, salian de aquel océano de colores y de líneas y fijaban las miradas en dos puntos avanzados en las olas. Mas allá de la llanura de Berut, el gran Líbano, interrumpido por el curso del rio, empezaba de nuevo á elevarse, primero amarillo y dorado como las columnas de Pesto; luego gris, sombrío, mate; luego verde y negro en la region de las selvas; luego en fin alzando sus agujas de nieve que parecian fundirse en la transparencia del cielo y donde los blancos rayos de la luz dormian en una eterna serenidad, sobre capas de eterna blancura. No tienen un horizonte semejante Nápoles ni Sorrento, Roma ni Albano.

Despues de haber bajado cosa de dos horas, hallamos un kan aislado bajo magníficos plátanos á la vera de una fuente. Es preciso describir una vez para siempre lo que se llama un kan en la Siria y en general en todos los paises de Oriente: — es una cabaña cuyas tapias son de piedras mal unidas entre sí, sin argamasa, y que dan paso al viento ó á la lluvia; estas piedras estan generalmente ennegrecidas por el humo del fogon que filtra continuamente por sus rendijas. Las paredes tienen de siete á ocho pies de altura, y están cubiertas de algunas piezas de madera sin labrar, con la corteza y las principales ramas del

arbol : el techo está formado con fagotes secos y retamas; el piso no está empedrado, y segun la estacion, es una capa de polvo ó de barro. Uno ó dos postes sirven de sosten al techo de enramada, y de ellos se cuelgan la capa ó las armas del viagero. En un rincon hay un pequeño fogon levantado sobre algunas piedras en bruto; en él arde continuamente una lumbrada de carbon, y hay una ó dos cafeteras de cobre, siempre llenas del café espeso y farinaceo, refresco habitual y única necesidad de los Turcos y de los Arabes. Generalmente hay dos piezas semejantes á la que acabo de describir. Uno ó dos Arabes están autorizados, en virtud de un censo que pagan al bajá, á hacer los honores de esa hospitalidad y á vender el café y las tortas de harina de cebada á las caravanas. Cuando el viagero llega á la puerta de estos kanes, se apea del camello ó del caballo, hace bajar las esteras y las alfombras de Damasco que han de servirle de cama; se extienden en un rincon de la estancia; se sienta sobre ellas, pide café, hace encender su pipa ó su narguilé, y espera á que sus esclavos hayan cogido un poco de madera seca para prepararle su comida, que consiste comunmente en dos ó tres tortas apenas cocidas sobre un guijarro puesto á la lumbrera, y en algunos pedazos de carnero picado que se cuecen en una olla de cobre con arroz. Las

mas de las veces no se halla ni arroz ni carnero en el kan, y hay que contentarse con tortas y excelente agua muy fresca que nunca falta en las cercanías de los kanes. Los criados, los esclavos, los mukres (conductores de los camellos) y los caballos se quedan á cielo raso alrededor del kan. Generalmente hay en las inmediaciones algun arbol famoso y secular que sirve de lejos de punto de reconocimiento á la caravana; casi siempre es una inmensa higuera — sicomoro, arbol que nunca he visto en Europa; es tan grande como los mas gruesos robles y vive mas todavía; su tronco suele tener hasta treinta ó cuarenta pies de circuito, y á veces mucho mas: sus ramas, que empiezan á abrirse á quince ó veinte pies del suelo, se extienden horizontalmente, primero á una distancia inmensa, luego las ramas superiores se van agrupando en conos cada vez menos anchos, y presentan de lejos la forma de nuestras hayas. La sombra de estos árboles, que la Providencia parece haber puesto en estos sitios de trecho en trecho como nubes hospitalarias sobre el suelo abrasador del desierto, se extiende á una gran distancia del tronco, y no es raro ver hasta sesenta camellos y caballos y otros tantos Arabes acampados durante el ardor del dia bajo el abrigo de uno solo de esos árboles; pero en esto, como en todo, se ve con dolor esa habitual desi-

día de los orientales y de su gobierno. Estos plátanos, que deberían conservarse con particular cuidado, como posadas naturales, para las necesidades de las caravanas, están abandonados á la estúpida imprevisión de los que se guarecen bajo su sombra; los Arabes encienden la lumbre al pié del sicomoro, y la mayor parte de estos hermosos árboles tienen el tronco todo ennegrecido y tajado por la llama de las hogueras. Nuestra pequeña caravana se estableció debajo de uno de aquellos magestuosos sicomoros, y pasamos la noche embozados en nuestras capas y tendidos sobre una estera en un rincón del kan.



4 de octubre 1852.

Salimos esta mañana del kan, y, al cabo de algunas horas de camino por las rápidas pendientes del Líbano, llegamos á las graciosas aldeas que se hallan á mitad de la cuesta. Allí desaparece toda la aspereza de las montañas, y se anda por espacio de dos horas, en medio de los collados mas risueños y mejor cultivados que es posible imaginar. Este país se parece á la Toscana: pequeñas tapias sostienen por todas partes azoteas de tierra donde las vides y los árboles se

entrelazan, cubriendo de sombra, sin impedir las florecer, cosechas de todo género. Estas colinas están salpicadas de aldeas, donde todo anuncia el orden, la paz, el trabajo, la riqueza; las casas, ó por mejor decir, los castillos de los jeques, los dominan como nuestros castillos góticos dominaban en otro tiempo nuestras villas y lugares: inmensos conventos de monges maronitas ocupan las cimas de los collados como fortalezas. Se ve entrar y salir á los monges que conducen el arado por los campos, ó van á recoger la hoja de las moreras. Los Arabes, sin distinción de sexo, van á trabajar tranquilamente á los prados, y nos miran pasar sonriéndose como admirados de nuestros trages europeos. El jeque y sus principales servidores estan generalmente sentados sobre una alfombra á la puerta de su castillo ó bajo un gran sicomoro en mitad del camino; el jeque está fumando y nos hace un saludo poniendo la mano sobre su corazón y diciéndonos: ¡*Sala el kaer!*! Bendito sea el día para vosotros, viageros!

Llegamos en fin al llano, que atravesamos bajo una bóveda de verdura formada por los largos cañaverales, las palmas, las higueras, las vides y las moreras de que está cubierto. De cuando en cuando una casa aislada de cultivador árabe ó greco-sirio sale de aquella espesa enramada; los